

AGRADEZCO A USTEDES el honor que me conceden al invitarme a expresarme frente a esta prestigiosa asamblea en nombre de los humanistas.

¿Qué es el humanismo? ¿Un gran signo de interrogación en el punto más grave y serio de todos? Fue en la tradición europea, greco-judía-cristiana, que se produjo este evento que no deja de prometer, de decepcionar y de refundarse.

Cuando Jesús se describe a sí mismo (Juan 8, 24) en los mismos términos que Yahvé al dirigirse a Moisés (Éxodo 3, 14), diciendo “Yo soy”, define *hombre* –y anticipa así al humanismo– como una *singularidad indestructible* (según los términos de Benedicto XVI). Esta singularidad indestructible no solamente lo vincula con lo divino más allá de la genealogía de Abraham (como lo hacía ya el pueblo de Israel), sino que además innova, en la medida en que si el “Yo soy” de Jesús se extiende del pasado y del presente al futuro y al universo, el arbusto ardiente y la cruz se vuelven universales.

Cuando el Renacimiento, con Erasmo; y la Ilustración, con Diderot, Voltaire y Rousseau, pero también con el marqués de Sade, e incluso con ese judío ateo que era Sigmund Freud, proclamaron la libertad de los hombres y de las mujeres para rebelarse contra los dogmas y las opresiones, para emancipar los espíritus y los cuerpos, para poner en cuestión toda certeza, mandamiento o valor, ¿era acaso a un nihilismo apocalíptico a lo que estaban abriéndole el camino? En su ataque contra el oscurantismo, la secularización olvidó interrogarse sobre la *necesidad de creer* que subyace al *deseo de saber*, así como sobre los límites que se le pueden poner al deseo a muerte para vivir en colectividad.

Sin embargo, no fue el humanismo sino las derivaciones sectarias, tecnicistas y negacionistas de la secularización las que zozobraron ante la *banalidad del mal*; y las que favorecen hoy en día la automatización en curso de la especie humana. Las palabras “¡No tengan miedo!”, de Juan Pablo II, no se dirigen únicamente a los creyentes a los que, en su momento, exhortaba a resistir frente al totalitarismo. El llamado de este papa, apóstol de los derechos humanos, nos incita también a no temer a la cultura europea sino, por el contrario, a atrevernos a emprender el humanismo por medio de la construcción de complicidades entre el humanismo cristiano y el que, fruto del Renacimiento y de la Ilustración, ambiciona esclarecer las arriesgadas vías de la libertad. Gracias doy al papa Benedicto XVI por haber invitado a algunos humanistas a estar hoy, por primera vez en estos lugares, entre ustedes.

Es por esto que con ustedes, sobre esta tierra de Asís, mis pensamientos se dirigen a San Francisco de Asís, quien no buscó tanto “ser comprendido” como “comprender”, ni “ser amado” como “amar”; quien despertó la espiritualidad de las mujeres con la obra de Santa Clara; quien, al crear la fiesta de la Navidad,

puso al niño en el corazón de la cultura europea; y quien, algún tiempo antes de su muerte, ya en tanto que humanista anticipado, envió su carta “a todos los habitantes del mundo entero”. Pienso también en Giotto, quien desplegó los textos sagrados en imágenes vivas de la vida cotidiana de los hombres y las mujeres de su tiempo y desafió al mundo moderno a librarse del rito tóxico del hoy omnipresente espectáculo.

¿Puede todavía hablarse del humanismo? O, mejor: *¿puede hablarse el humanismo?* Es Dante Alighieri quien, debido a la celebración que hace de San Francisco en el Paraíso de su *Divina comedia*, me interpela en este instante. Dante fundó una teología católica del humanismo y demostró que este existe si, y solamente si, nos trascendemos en el lenguaje por medio de la invención de nuevos lenguajes, tal como lo hizo él mismo al inventar neologismos y escribir en un nuevo estilo la lengua italiana corriente. “Sobrepasar lo humano en lo humano” (“transhumanar”, Paraíso I, 69), dice él: tal sería el camino de la verdad. Se trataría de *anudar*, en el sentido de *acoplar* (*s'indova*, ponerse ahí, en el *dónde*, Paraíso 33, 138), tal como se anudan el círculo y la imagen en un rosetón, lo divino y lo humano en el Cristo, lo físico y lo psíquico en lo humano.

El humanismo secularizado es el heredero a menudo inconsciente de este humanismo cristiano, entendido como un ir más allá de lo humano gracias al acoplamiento del deseo y la razón en el lenguaje, si se trata de un lenguaje de amor. Este último se separa de aquel afinando sus propias lógicas, de las que me gustaría esbozar *diez principios*, que no son diez mandamientos, sino diez invitaciones a pensar vías de comunicación entre nosotros.

1. *El humanismo del siglo XXI no es un teomorfismo*. El Hombre con mayúscula no existe. Tampoco existen un “valor” ni un “fin” superiores; ningún descenso de lo divino por medio de los actos más elevados de algunos hombres que son llamados “genios” desde el Renacimiento. Después de la Shoah y del Gulag, el humanismo tiene el deber de recordar a los hombres y a las mujeres que, si nos consideramos a nosotros mismos como los únicos legisladores, es únicamente por la *puesta en cuestión continua* de nuestra situación personal, histórica y social que podemos decidir acerca de la sociedad y de la historia. Hoy en día, lejos de *desglobalizar*, es necesario inventar una nueva reglamentación internacional para regular y controlar las finanzas y la economía globalizada y crear finalmente una gobernanza mundial ética, universal y solidaria.

2. *Proceso de refundación permanente*, el humanismo no se desarrolla sino por *rupturas* que son *innovaciones* (el término bíblico *hiddouch* significa inauguración, innovación, renovación; *enkainosis* y *ankainosis*; *novatio* y *renovatio*). Conocer íntimamente la herencia greco-judeo-cristiana, examinarla profun-

damente, *transvaluar* (Nietzsche) la tradición: no hay otra forma de combatir la ignorancia y la censura, y de facilitar, por este medio, la cohabitación de las memorias culturales construidas en el curso de la historia.

3. Hijo de la cultura europea, *el humanismo es el encuentro de las diferencias culturales* favorecido por la globalización y la *numerización*. El humanismo respeta, traduce y reevalúa las variantes de las necesidades de creer y de los deseos de saber que son universales en todas las civilizaciones.

4. *Humanistas*, “*no somos ángeles, tenemos un cuerpo*”. Santa Teresa de Ávila, al expresarse así en el siglo XVII, inauguró la edad barroca, que no fue una contrarreforma sino una revolución barroca que anunciaba el Siglo de las Luces. Pero el deseo libre es un deseo a muerte. Era necesario esperar la aparición del psicoanálisis para recoger en la única y última reglamentación del lenguaje esa libertad de los deseos que el humanismo no censura ni adula, pero se propone dilucidar, acompañar y sublimar.

5. *El humanismo es un feminismo*. La liberación de los deseos tenía que conducir a la emancipación de las mujeres. Después de los filósofos de la Ilustración que abrieron la vía, las mujeres de la Revolución francesa exigieron su emancipación, desde Théroigne de Méricourt y Olympe de Gouges, hasta Flora Tristán, Louise Michel y Simone de Beauvoir, acompañadas por las luchas de las sufragistas inglesas y también, no hay que olvidarlo, por las chinas de la revolución burguesa del 4 de mayo de 1919. Las luchas por una paridad económica, jurídica y política requieren una nueva reflexión sobre la elección y la responsabilidad de la maternidad. La secularización es todavía la única civilización que carece de discursos sobre lo materno. El vínculo pasional entre el hijo y la madre, ese primer otro, aurora del amor y de la hominización, ese vínculo en el que la continuidad biológica deviene sentido, alteridad y palabra, es una *religancia*. Distinta tanto de la religiosidad como de la función paterna, la religancia materna la completa y participa enteramente de la ética humanista.

---

1 La palabra utilizada por Kristeva es *reliance*, neologismo producto de la sustantivización del verbo *relier*, que en francés podría entenderse literalmente como *re-líer*, *ligar de nuevo* o *volver a ligar*, y que corresponde al verbo castellano *religar* que, a diferencia del verbo francés, tiene un uso muy infrecuente en castellano. Aunque en este caso la expresión podría traducirse también como *revinculancia* o *reconexión*, he preferido conservar el neologismo –que tiene sentido dentro de la propuesta de Kristeva de crear nuevos lenguajes– en tanto sustantivización del verbo castellano que comparte etimológicamente la raíz latina *religare* con el verbo francés, debido a la posterior diferenciación hecha en el texto entre religión y religiosidad (pensada también como forma de religar) y religancia, cuyo parentesco es creado por la raíz etimológica que comparten (N. de la T.).

6. *Humanistas, es por medio de la singularidad compartible de la experiencia interior que podemos combatir esta nueva banalidad del mal que es la automatización en curso de la especie humana.* Es porque somos seres que hablamos, escribimos, dibujamos, pintamos, musicalizamos, jugamos, calculamos, imaginamos y pensamos, que no estamos condenados a volvernos “elementos de lenguaje” en la hiperconexión acelerada. El infinito de las capacidades de representación es nuestro hábitat, nuestra profundidad y nuestra emancipación, nuestra libertad.

7. Pero el Babel de los lenguajes genera también caos y desórdenes que el humanismo no regulará nunca solamente por la escucha atenta de los lenguajes de los otros. *Ha llegado el momento de retomar los códigos morales inmemoriales, sin debilitarlos, para problematizarlos y renovarlos en vista de nuevas singularidades.* Lejos de ser puros arcaísmos, las prohibiciones y los límites son barandas que nos protegen de caernos, que sería imposible ignorar sin suprimir la memoria que constituye el pacto de los humanos entre ellos y con el planeta, con los planetas. La historia no es pasado: la Biblia, los Evangelios, el Corán, el Rigveda y el Tao nos habitan en el presente. Es utópico crear nuevos mitos colectivos y no basta tampoco con interpretar los antiguos. Tenemos que reescribirlos, repensarlos y revivirlos en los lenguajes de la modernidad.

8. Ya no hay Universo. La investigación científica descubre, y no deja de sondear, el *Multiverso*. Multiplicidad de culturas, de religiones, de gustos y de creaciones. Multiplicidad de espacios cósmicos, de materias y de energías que cohabitan con el vacío, componen con el vacío. *No tengan miedo de ser mortales. Por su capacidad de pensar el multiverso, el humanismo confronta una tarea propia de la época: inscribir la mortalidad en el multiverso de lo vivo y de lo cósmico.*

9. ¿Quién podrá hacerlo? El humanismo, porque él cura. El cuidado amoroso del otro, la cura ecológica de la Tierra, la educación de los jóvenes, el acompañamiento de los enfermos, de los discapacitados, de los que envejecen, de los dependientes, no detienen ni la carrera hacia delante de las ciencias ni la explosión del dinero virtual. El humanismo no será un regulador del liberalismo, al que le gustaría transformar sin sobresaltos apocalípticos ni días de mañana prometedores. El humanismo, tomándose su tiempo, creando una nueva proximidad y solidaridades elementales, acompañará la revolución antropológica que anuncian ya tanto la biología, con la emancipación de las mujeres, como el *laisser-aller* de la técnica y de las finanzas y la impotencia del modelo democrático piramidal para canalizar las innovaciones.

10. *El hombre no hace la historia, pero la historia somos nosotros.* Por primera vez *Homo sapiens* es capaz de destruir la Tierra y a sí mismo en nombre de su

religión, sus creencias y sus ideologías. Por primera vez, también, los hombres y las mujeres son capaces de reevaluar con toda transparencia la religiosidad constitutiva del ser humano. El reencuentro de nuestras diversidades aquí, en Asís, testimonia que la hipótesis de la destrucción no es la única posible. Nadie sabe qué seres humanos nos seguirán a nosotros, que estamos comprometidos con esta transvaluación antropológica y cósmica sin precedente. *Ni dogma providencial, ni juego del espíritu: la refundación del humanismo es una apuesta.*

La era de la duda ya no es suficiente. Frente a las crisis y las amenazas, cada vez más graves, he aquí venida la era de la apuesta. Osemos apostar por la renovación continua de las capacidades de los hombres y de las mujeres para creer y saber juntos. Para que, en el multiverso rodeado de vacío, la humanidad pueda perseguir por largo tiempo su destino creativo.